

PERSONAJES.

VICENCIO, Duque de Viena.
ANGELO, sustituto del Duque durante la ausencia de éste.
ESCALO, colega de Angelo.
CLAUDIO, joven noble.
LUCIO, libertino.
DOS NOBLES.
UN ALCAIDE.
FRAY TOMAS.
FRAY PEDRO.
UN JUEZ.
VARRO.
ESPUMILLA, noble de poco seso.
CODO, alguacil.
POMPEYO, criado de D.^a Recocida.
TERRORES, verdugo.
BERNARDINO, prisionero.
ISABEL, hermana de Claudio.
MARIANA, desposada de Angelo.
JULIETA, amada de Claudio.
FRANCISCA, monja.
DOÑA RECOCIDA.
Nobles, alguaciles, ciudadanos, un paje y sirvientes

Escena en Viena.

THE HISTORY OF

THE CITY OF

NEW-YORK

FROM THE FIRST SETTLEMENT

TO THE PRESENT TIME

BY

J. C. CALVERT

ESQ.

OF

NEW-YORK

PRINTED AND SOLD BY

J. C. CALVERT

AT

THE

PRINTING OFFICE

OF

NEW-YORK

1808

BY

J. C. CALVERT

ESQ.

OF

NEW-YORK

PRINTED AND SOLD BY

J. C. CALVERT

AT

THE

PRINTING OFFICE

OF

NEW-YORK

1808

BY

J. C. CALVERT

ESQ.

OF

NEW-YORK

PRINTED AND SOLD BY

J. C. CALVERT

AT

THE

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Habitación en el palacio del Duque.

Entran el DUQUE, ESCALO y acompañamiento.

DUQUE. ¡Escalo!

Esc. ¿Qué, señor?

DUQUE. Que manifieste

Cuáles son los resortes de un Estado,
Tan sólo afán en mí parecería
De hablar y disertar, porque es sabido
Que excede en esto vuestra ciencia á toda
La serie de consejos que pudiera
Mi experiencia brindaros. Sólo falta
Que, cual vuestro saber, grande se muestre
Vuestro celo, y trabajen de consuno.
Conocéis por la práctica y la ciencia,
Como el mejor, la índole del pueblo,
Nuestras instituciones y las leyes.—
Ved vuestro nombramiento. (Dádoselo.)

Mis encargos

Fielmente cumpliréis.—A mi presencia
A Angelo aquí llamad. (Vase un servidor.)

¿Cómo mi puesto

Imagináis que ocupará? Ya os consta
Que con cuidado extremo lo he elegido
Para suplir mi falta. Le reviste
Mi autoridad omnimoda. Mi afecto
Le realza, y tendrá quien me reemplaza
Cuantos recursos el poder me presta.
¿Qué os parece, decid?

ESC. Si en Viena existe
Quien pueda honrarse con tan noble cargo,
Es Angelo, sin duda.

DUQUE. Ved. Ahí viene.

Entra ANGELO.

ANG. Vengo á ver qué queréis, obedeciendo
A Vuestra Alteza.

DUQUE. Tiene vuestra vida
Tan especial carácter, que relata
Lo que sois á cualquiera que os conozca.
No sois tan vuestro vos, ni son tan vuestras
Vuestras prendas, que admita el que se em-
[pleen

Tan solamente en vos vuestras virtudes
Y en las virtudes vuestras vos tan sólo.
Qual nosotros antorchas empleamos,
A nosotros el cielo nos emplea.
Para si las antorchas no iluminan;
Si la virtud no sale de nosotros,
Tenerla ó no tenerla poco importa.
Con la belleza no se viste el alma

Sino para que irradie su belleza.
 Ni la naturaleza presta nunca
 De perfección un átomo tan sólo
 Sin que se arrogue la usurera diosa
 El galardón del prestamista, gracias
 Y réditos al par.—Pero discurro
 Con uno que me puede dar lecciones.
 Esto, Angelo, tened. Sed vos yo mismo
 Mientras ausente esté. Clemencia ó muerte
 De vuestro corazón y vuestra lengua
 En Viena penderán. Vuestro segundo
 Escalo es, aunque os excede en años.
 Ved vuestro nombramiento. (Dádoselo.)

ANG.

Contrastarse,

Señor, este metal quizá convenga
 Antes que en él imagen tal se acuñe.

DUQUE. No admito excusa. Larga y fermentada
 Reflexión á elegiros me ha inducido;
 Por lo tanto, aceptad vuestros honores.
 Para partir es tanta mi premura;
 Tan preocupado estoy, que sin examen
 Muchos asuntos importantes dejo.
 Escribiré según las circunstancias
 Y la ocasión lo exijan, y seguro
 Estoy de que sabré lo que os ocurra.
 Quedad con Dios. Os dejo, confiado
 En que sabréis cumplir vuestros deberes.

ANG.

Señor, acompañaros permitidnos
 Alguna parte del camino al menos.

DUQUE. No es compatible con la prisa mía,
 Ni os puede perturbar, yo os lo aseguro,
 Vacilación ninguna. Poderfo
 Amplio tenéis para aplicar las leyes

- Como yo, con rigor ó con clemencia,
 Conforme el alma vuestra estime justo.
 Dadme la mano. Voyme sin ser visto.
 Al pueblo amo; pero no me gusta
 Mostrarme en espectáculo á sus ojos.
 Por más que lo agradezca, no me agradan
 Su recio aplauso y sus vehementes vivas,
 Ni juzgo muy discreta á la persona
 Que los busca. Otra vez con Dios quedaos.
- ANG. A buen fin lleve el cielo vuestros planes.
- ESC. Él os proteja, y retornad dichoso.
- DUQUE. ¡Gracias! Pasadlo bien. (Vase.)
- ESC. Con permiso, señor; yo deseara
 Hablaros con franqueza. Me conviene
 A fondo conocer cuál es mi puesto.
 Poderes tengo, pero cuáles sean
 Su índole y su alcance desconozco.
- ANG. Lo propio á mí me pasa. A retirarnos,
 Y después de tratar sobre este punto
 Nos pondremos de acuerdo prontamente.
- ESC. Las órdenes espero de vucencia. (Vanse.)

ESCENA II.

Una calle.

Entran LUCIO y dos nobles.

LUCIO.—Si nuestro Duque y los otros Duques no se arreglan con el Rey de Hungría, ¡vaya! todos ellos caerán sobre el Rey.

NOBLE 1.º—Dénos el cielo la paz, pero no la del Rey de Hungría.

NOBLE 2.º—Amén.

LUCIO.—Terminas como aquel devoto pirata que se lanzó á los mares con los diez Mandamientos de la Ley de Dios, pero borrando previamente uno.

NOBLE 2.º—«No robarás.»

LUCIO.—Sí. Ese fué el que borró.

NOBLE 1.º—Verdaderamente, mandamiento era que ordenaba al capitán y á su séquito abandonar su oficio, pues que á robar se encaminaban. No hay soldado entre nosotros á quien sepa bien el que al bendecir la sopa se pida la paz.

NOBLE 2.º—Jamás he oído á soldado alguno decir que eso le disgustaba.

LUCIO.—¡Ya lo creo! Como que jamás has estado en sitio donde se haya echado una bendición.

NOBLE 2.º—¿Con que no? Una docena de veces por lo menos.

NOBLE 1.º—¿Y fué en verso?

LUCIO.—En diferentes metros y en distintos idiomas.

NOBLE 1.º—Pues, y en cualquier religión.

LUCIO.—¡Vaya! ¿y por qué no? Bendecir, bendecires, á pesar de toda controversia. Por ejemplo, no hay bendición que te valga para que dejes de ser un pillastre.

NOBLE 1.º—No nos diferenciamos más que en el corte.

LUCIO.—Concedido. Esa es la diferencia que hay entre el terciopelo y su orilla. Tú eres la orilla.

NOBLE 1.º—Y tú el terciopelo. Bonito terciopelo eres tú. Más quisiera yo ser orilla de paño burdo que terciopelo cortado á la francesa como tú. ¿Di en la llaga?

LUCIO.—Creo que sí, y, en virtud del dolor anejo á tu

discurso, según tu propia confesión, beberé á tu salud, pero jamás en tu vaso.

NOBLE 1.º—Paréceme que he salido perjudicado.

NOBLE 2.º—Por supuesto. Tengas ó no tengas maca.

LUCIO.—Mirad, mirad. Ahí viene doña Quitapesares.

NOBLE 1.º—Los males que adquirí bajo su techo suman.....

NOBLE 2.º—¿Cuánto, dime?

NOBLE 1.º—Adivina.

NOBLE 2.º—Mil duros..... de pelar.

NOBLE 1.º—Más, más.

LUCIO.—Y una corona..... de motilón.

NOBLE 1.º—Siempre me estás achacando males; pero te equivocas. Estoy sano.

LUCIO.—No; no digamos que estás completamente sano, sino tan sano como puede estar lo huero. Así están tus huesos. El vicio se cebó en ellos.

Entra Doña Recocida.

NOBLE 1.º—Ahora bien; ¿cuál de tus caderas tiene más dolorosa ciática?

RECOC.—¡Vaya! ¡vaya! Ahí llevan á uno á la cárcel, que vale más que cinco mil de vuestra calaña.

NOBLE 2.º—¿Quién es ése?

RECOC.—Pues Claudio. El señor Claudio.

NOBLE 1.º—¡Claudio preso! No puede ser.

RECOC.—Pues yo sé que sí puede ser. Lo vi arrestar y llevarlo preso, y lo peor es que dentro de tres días le van á cortar la cabeza.

LUCIO.—Dejémonos de bromas. No quisiera que fuese cierto. ¿Estás segura de lo que dices?

RECOC.—Demasiado segura; y es por causa de haber puesto encinta á Julieta.

LUCIO.—Posible es, á fe mía. Dos horas há que debiera haber venido á verme, según me prometió, y siempre ha sido escrupuloso cumplidor de sus promesas.

NOBLE 2.º—Además, esto coincide con lo que hablabamos acerca del asunto.

NOBLE 1.º—Sobre todo está de acuerdo con la proclama.

LUCIO.—Vámonos. Vamos á averiguar la verdad.

(Vanse Lucio y los nobles.)

RECOC.—Así, pues, con la guerra, con tomar sudores, con el patíbulo y con la miseria, estoy sin clientes.

Entra POMPEYO.

Vamos á ver. ¿Qué noticias traes?

POMP.—A la cárcel llevan á ése.

RECOC.—Bueno. ¿Por qué?

POMP.—Por una mujer.

RECOC.—¿Hay doncella encinta de esa criatura?

POMP.—No. Lo que hay es mujer con criatura por causa suya. ¿No has oído hablar de la proclama?

RECOC.—Hombre, ¿de qué proclama?

POMP.—Se derribarán todas las casas de mala nota en los arrabales de Viena.

RECOC.—¿Y las de la ciudad?

POMP.—Quedan para simiente; pero también se derribaran si no hubiera salido á su defensa un concejal.

RECOC.—¿Pero van á derribar todas nuestras casas de las afueras?

POMP.—Hasta el suelo.

RECOC.—¡Vaya! Esto sí que es cambio en la cosa pública. ¿Qué será de mí?

POMP.—¡Bah! Nada temas. Los buenos abogados no carecen jamás de clientes. Aunque mudes de local no tienes por qué mudar de oficio, y yo siempre seré tu zascandil. ¡Valor! Se apiadarán de ti. Se apiadarán de ti. De ti, que te has despestañado en el ejercicio de tu profesión.

RECOC.—¿Qué he de hacer, zascandil mío? Retirémonos.

POMP.—Aquí viene el noble Claudio, á quien el alcaide conduce á la cárcel, y ahí viene la señorita Julieta.

(Vanse.)

Entran el ALCAIDE, CLAUDIO, JULIETA
y ALGUACILES.

CLAUD. Decid. ¿Por qué motivo se me ostenta
De esta manera al público? A la cárcel
Adonde voy llevadme.

ALCAI. Si lo hago
No es con mala intención, sino de orden
De su excelencia Angelo precisas.

CLAUD. La semidiosa Autoridad nos fuerza
A pagar nuestras culpas por adarmes.
La espada de los cielos á su antojo
Hiere á unos, y á otros deja inmunes;
Y, sin embargo, es justiciera siempre.

Vuelven á entrar LUCIO y dos NOBLES.

LUCIO. ¡Hola, Claudio! ¿Por qué razón vas preso?

CLAUD. Por harta, harta libertad, buen Lucio.

Como la hartura de la dieta es madre,
 La libertad del hombre inmoderado
 La esclavitud engendra. Perseguimos,
 Como ratas voraces la ponzoña
 Que las mata, sedientos nuestro daño,
 Y morimos apenas de él bebemos.

LUCIO.—Si estando preso pudiera yo hablar con tanta cordura, mandaría por mis acreedores; pero, francamente, prefiero las extravagancias de la libertad á la filosofía de la prisión. ¿Qué delito has cometido, Claudio?

CLAUD.—Mencionarlo, nuevo delito sería.

LUCIO.—¿Homicidio?

CLAUD.—No.

LUCIO.—¿Libertinaje?

CLAUD.—Sea.

ALCAI.—Caballero, idos. Seguidme vos.

CLAUD.—Permitidme una palabra, amigo mío. Oye una palabra, Lucio.

LUCIO. Cien palabras, si acaso te convienen.

¿Así al libertinaje se persigue?

CLAUD. Esto me pasa. Por legal contrato

Me hice dueño del lecho de Julieta.

A la dama conoces; es mi esposa

Sin género de duda: sólo falta

El dar publicidad á nuestro enlace;

Y si no lo hemos hecho, es por motivo

De que se acrece de ese modo el dote

Que en sus cajas conservan aun sus deudos,

De quienes hasta la época oportuna

Ocultar nuestro amor era prudente.

Pero ha ocurrido que el secreto trato

De nuestro amor con evidentes muestras

Divulgado en Julieta ya se mira.

LUCIO. ¡Cómo! ¿Encinta quizás?

CLAUD. Si, por desgracia.

Pues ahora bien. Del Duque el sustituto,
 Porque le ciega de su cargo el brillo,
 Ó acaso porque el cuerpo del Estado
 Es corcel que cabalga el gobernante,
 Y él, novel en la silla, porque entienda
 El animal que manda su jinete
 Le clava el acicate apresurado;
 Anejo sea el despotismo al puesto
 Ó anejo á su Excelencia que lo ocupa,
 No sé decir; pero este sustituto
 A luz me saca multitud de leyes
 Arrinconadas ya como mohosas
 Armaduras colgadas de los muros
 Al menos diez y nueve zodiacos,
 Sin que una vez en uso se hayan puesto.
 Y para darse lustre, nuevamente
 Leyes adormecidas y olvidadas
 A mí me aplica,—para darse lustre.

LUCIO.—De seguro; y tu cabeza, por lo tanto, tan instablemente colocada está sobre tus hombros que una lechera enamorada la haría caer con un suspiro. Ponte en comunicación con el Duque, y apela á él.

CLAUD. Traté de hacerlo, pero no lo encuentran.
 Este grande favor, Lucio, te pido.
 Mi hermana entrar hoy debe en el convento
 En donde ha de pasar su noviciado.
 Tú del peligro infórmala que corro.
 Dile, en mi nombre, que se busque amigo
 Que al sustituto rígido conozca,
 Y que también haga por verlo ella.
 Fundo en eso muy grandes esperanzas,

Porque su juventud es un lenguaje,
 Simpático y sin voz, que mueve al hombre;
 Y ella además, por suerte, tiene el arte
 De hacinar argumentos y palabras
 Cuando pretende persuadir á alguno.

LUCIO.—Ojalá salga en bien de su empeño, tanto para consuelo tuyo, como para el de todos los que se hallen bajo el peso de acusación tan grave, y para que pueda yo gozar de tu vida, que sentiría se perdiese en semejante juego de damas. Iré á verla.

CLAUD. Te doy las gracias, Claudio.

LUCIO. De aquí á dos horas.

CLAUD. Vamos, pues, alcaide.

(Vanse.)

ESCENA III.

Un Monasterio.

Entran el DUQUE y FRAY TOMÁS.

DUQUE. Desechad esa idea, padre mío;
 No creáis que de Amor la débil flecha
 Robusto pecho taladrar consiga.
 Si os ruego que me deis secreto asilo,
 Es por razón más seria y más madura
 Que la que impulsa al joven ardoroso.

FR. T. ¿Es dado á Vuestra Alteza precisarse?

DUQUE. Nadie, santo varón, cual vos conoce
 Cuánto el retiro amé constantemente,
 Y mi escasa afición á esas reuniones
 Donde la juventud, el despilfarro

Y la insensata ostentación dominan.
 Angelo, noble rígido y austero,
 Del poder absoluto revestido
 Que en Viena ejerzo queda. De viaje
 Se imagina que voy para Polonia,
 Pues he hecho yo que corra esa noticia,
 Que han aceptado todos. Ahora, padre,
 De esto el porqué querréis saber sin duda.

FR. T. Ciertamente, señor.

DUQUE. Severas leyes
 Y rigurosos cánones tenemos;
 Bocados y serretas necesarias
 Para todo corcel inmanejable.
 Há ya catorce años que dormitan
 Las leyes ésas, cual león caduco
 Que ya á cazar no sale de su cueva.
 Así como los padres cariñosos
 Las amenazadoras disciplinas
 Usan para espantar á sus chicuelos,
 Y, al no emplearse, con el tiempo logran
 Inspirar, no el temor, sino la burla,
 Así nuestros decretos, letra muerta,
 Muertos están en realidad, y escarnio
 Es hoy de la licencia la justicia.
 Pega el niño á su ama, y el decoro
 Va de capa caída.

FR. T. Vuestra Alteza

A esa justicia maniatada pudo
 Dar libertad, y en vos aun más terrible
 Aparecer que en Angelo podría.

DUQUE. Terrible por demás se me figura,
 Pues fué mi culpa dar al pueblo suelta.
 Fuera en mí tiranía correctivo

Imponer ó castigo por aquello
Que á autorizar llegué; que autorizamos
Cuando impunes dejamos las ofensas
Sin imponer la pena merecida.
A Angelo, pues, confiero, padre mío,
Esta misión. Herir con todo acierto
Él puede con la egida de mi nombre,
Sin que, oculto, por ello yo padezca.
Con el fin de observar cómo administra,
Cual si de vuestra Orden fuere hermano,
Veré de cerca al Príncipe y al pueblo.
Un hábito, por tanto, os suplicara
É instrucción, además, para que pueda
Cual verdadero fraile conducirme.
Otras razones que este paso explican
Os daré cuando estemos más despacio:
Ahora sólo os diré que escrupuloso
Es el insigne Angelo. Se guarda
De la envidia, que en él la sangre fluye
Apenas reconoce, ni apetece
Más que guijarros pan. Veráse ahora
Si el poder su carácter deteriora.

(Vanse.)

ESCENA IV.

Un convento.

Entran ISABEL y FRANCISCA.

ISABEL. ¿Las monjas no tenéis más privilegios?

FRAN. ¿No os parecen bastantes?

ISABEL.

Ciertamente.

Ni deseo yo más. Antes quisiera
Que la hermandad que á Santa Clara adora
Régimen se impusiese más estricto.

LUCIO. (Dentro.)
Paz en este lugar.

ISABEL. ¿Quién es quien llama?

FRAN. Es voz de hombre. Tú, Isabel querida,
Abrele y averigua lo que quiere.
Tú puedes, mas yo no, que aun eres libre;
Cuando el voto pronuncies, con los hombres
Tratar no puedes ya sino en presencia
De la Priora. Con el rostro oculto,
Si hablares; si lo enseñas, silenciosa.
Llama otra vez. Te ruego que contestes.

(Vase.)

ISABEL. Paz y prosperidad. ¿Quién es quien llama?

Entra LUCIO.

LUCIO. Salud, doncella, si lo sois, cual esas
Sonrosadas mejillas lo denuncian.
¿Pudierais complacerme y conducirme
A la presencia de Isabel, novicia
En esta santa casa y bella hermana
De su hermano infeliz el noble Claudio?

ISABEL. «De su hermano infeliz», ¿por qué? decidme;
Con tanto más motivo, pues—sabadlo—
Esta que veis es Isabel, su hermana.

LUCIO. Gentil beldad, salúdaos vuestro hermano;
Y, para no cansar..... está en la cárcel.

ISABEL. ¡Triste de mí! ¿por qué?

LUCIO. Por lo que, si su juez á mí me hicieran,

Le daría las gracias por castigo:
Tiene á su novia encinta.

ISABEL. Caballero,
Objeto no me hagáis de vuestra befa.

LUCIO. Os digo la verdad.
Aunque confieso ser pecado mío
Mostrarme entre doncellas ave fría,
Siempre del corazón la lengua lejos,
Y así embromar con cuanta virgen vea,
No lo he de hacer con vos, por cuanto os juzgo,
Glorificado sér, santificado,
Y por razón de la renuncia vuestra
Espiritu inmortal, á quien se debe
Hablar como si fuerais una santa.

ISABEL. La virtud ultrajáis de mí al burlaros.

LUCIO. No lo creáis. En fin, ved lo que ocurre.
Vuestro hermano y su novia se abrazaron.
Cual se nutre quien come, cual la siembra,
Apenas Mayo asoma, en un barbecho
La cosecha produce, sus entrañas
Muestran la asiduidad de su cultivo.

ISABEL. ¡Embarazada! ¿Quién? ¿Será Julieta
Mi prima, por ventura?

LUCIO. ¿Vuestra prima?

ISABEL. Adoptiva. Nos damos caprichosos
Nombres las colegialas, que no obstante
Nuestro cariño acusan.

LUCIO. Pues es ella.

ISABEL. ¡Oh! Que se casen.

LUCIO. El problema es ése.
De modo extraño se ha ausentado el Duque.
A varios caballeros alentaba,
A mí entre los demás, con ocuparnos;

Pero hemos sabido por personas
 Que entienden del Estado los resortes
 Lo distantes que estaban sus promesas
 De sus meditados proyectos.
 En su lugar, y con poderes amplios,
 Angelo rige. Un hombre cuya sangre
 Es derretida nieve. A quien no agita
 Voluptuoso estímulo, ni impulsa
 Jamás una pasión, sin que procure
 Que el filo natural mellen y emboten
 La razón, el estudio y el ayuno.
 Para aterrorizar libres costumbres
 Que en torno de la ley feroz campear
 De largo tiempo há como ratones
 En torno de un león, desentrañado
 Ha un antiguo decreto, cuyo alcance
 Es condenar á vuestro hermano á muerte.
 Por eso lo encarcela, y de seguida
 Va á ser objeto de ejemplar castigo.
 Esperanzas no hay, como no sea
 Que á Angelo ablande vuestro tierno ruego.
 Y éste es, en resumen, el negocio
 Que traigo yo de vuestro triste hermano.

ISABEL. Quiere matarlo, entonces, por lo visto.

LUCIO. Ya lo ha condenado, y el alcaide
 Para la ejecución órdenes tiene.

ISABEL. ¡Triste de mí! Que escasas son mis fuerzas
 Para alcanzar su bien.

LUCIO. Aprovechaos
 Del poder que tenzáis.

ISABEL. ¡Poder! Lo dudo.

LUCIO. Las dudas son traidores, y nos privan
 De los bienes que están á nuestro alcance,

Porque cogerlos, tímidos, no osamos.
A Angelo ved al punto. Que comprenda
Que, cual dioses, los hombres no rehusan
Cuando doncellas son las que suplican;
Mas cuando vierten lágrimas de hinojos,
Entonces son sus súplicas tan suyas
Cual si su concesión de ellas pendiese.

ISABEL. Cuanto pudiere haré.

LUCIO. Mas de seguida.

ISABEL. Iré en este momento.

Sólo me detendré para dar cuenta
De lo que está pasando á la Priora.
Muchas gracias. Recuerdos á mi hermano.
Que cuidaré que tenga á prima noche,
De lo que pueda conseguir, noticias.

LUCIO. Me despido de vos.

ISABEL. Que Dios os guarde.
